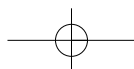


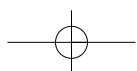
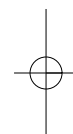


## Hot Line



La Erótica





# **Cathryn Fox**

## Hot Line

Traducción de Laura Fernández Nogales

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

Título original: *The Hot Line*

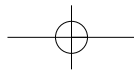
© Cathryn Fox, 2008  
All rights reserved  
Publicado de acuerdo con NAL Signet, un sello de Penguin Book (USA), Inc.  
© Editorial Planeta, S. A., 2009  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © Max Oppenheim / Getty Images  
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2009

Depósito legal: B. 25.372-2009  
ISBN: 978-84-08-08774-8  
Composición: La Nueva Edímac, S. L.  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

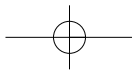
## **Biografía**

Cathryn Fox se licenció en Económicas y trabajó en el departamento de finanzas del Ministerio de Medio Ambiente de Canadá. Al cabo de unos años su marido, meteorólogo, fue destinado a una localidad del norte de Canadá de menos de mil habitantes. Cathryn fue con él y, en sus ratos libres, empezó a leer. Cuando se le acabó el material de lectura, decidió escribir un libro. Desde entonces ha escrito más de una docena de obras. Sus novelas eróticas y paranormales son recibidas con entusiasmo por el público, por su originalidad y su estilo desenfadado. Cathryn Fox está casada y tiene dos hijos.



*Este libro está dedicado a todos los bomberos heroicos  
que sirven y protegen con gran valentía.*

*Y a mi marido,  
que sigue encendiendo mi pasión.*



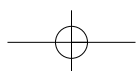
## Agradecimientos

Gracias a mi maravillosa editora, Kerry Donovan, por su fabulosa editorial y por conseguir que escribir estas historias sea tan divertido.

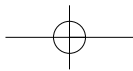
Gracias a Paula por su apoyo constante; a Shelly, por la hermandad; a Mary Lou, por su sinceridad y amistad; y a Heather (su marido es bombero voluntario), que contestó a mis interminables preguntas, ¡pero sigue sin aclararme por qué sabe que los techos de algunos camiones de bomberos son planos!

Gracias a Allure Authors por su amistad y apoyo. Este viaje no hubiese sido ni la mitad de divertido sin vosotros.

Y, como siempre, gracias a mi agente, Bob Diforio, que siempre me apoya.



## FIEBRE



## Uno

Sara Jack, con un daiquiri de fresa en la mano, sopló con fuerza para apartarse un rizo caoba de la frente. Echó un vistazo por La Manguera; su analítica mirada de periodista se detuvo para examinar al grupo de hombres reunidos en torno a la mesa de billar. Los estudió durante un largo momento, como si la imagen de aquellos deliciosos traseros tuviese un gran interés periodístico. Por supuesto, en Trenton, Iowa, que es lo mismo que decir en El Culo del Mundo, una imagen como aquélla tenía interés periodístico de verdad. Pero suponía que allí en Chicago había bombones para parar un tren. Y se moría de ganas de pedir la especialidad del panadero para llevar. Trece tiernos, calientes y dulces *bollicaos*.

Mmmmm... ñam, ñam.

Le dio un sorbo a su afrutada bebida y volvió a pensar en el nombre del establecimiento. La Manguera. Qué nombre tan perfecto para el bar donde cada noche se reunían los bomberos de la Estación 419 a jugar al billar.

Sara se aisló totalmente del alboroto de la multitud e ignoró por completo a los miembros de la fiesta de compromiso sentados a la mesa contigua, para centrar por segunda vez su lasciva mirada en los tíos buenos que había en el bar. Sus observadores ojos se posaron en el sexy y bien equipado Mitch Adams justo cuando se volvía en su dirección. Aquel hombre llevaba unos días calentándole la sangre y metiéndose bajo su piel sin darse ni cuenta.

Mientras ella devoraba sus anchos hombros, su durísimo estómago y sus firmes muslos, una lenta calidez gravitó hacia el sur de su cuerpo y empezó a arder. Se le secaron los labios de repente y se los humedeció. Divagaba, pensaba en todas las traviesas formas que podía tener Mitch de ayudarla a extinguir aquellas brasas que ardían a fuego lento. Su físico parecía esculpido y su sonrisa era capaz de avivar las ascuas de cualquier mujer.

La Manguera... Volvió a considerar el nombre del local mientras bajaba la mirada algunos centímetros por debajo del cinturón de piel de Mitch. Qué gran nombre para un bar de bomberos; nombre que sospechaba, o por lo menos esperaba, que no tuviese nada que ver con su profesión.

Con una cerveza en una mano y el taco de billar en la otra, Mitch cruzó las piernas perezosamente a la altura de los tobillos y se inclinó sobre la mesa de billar. El pelo oscuro bien cortito le daba un encantador aire de chico bueno, pero Sara sospechaba que era de todo menos eso.

A diferencia de los «buenos chicos» con los que había salido anteriormente (chicos agradables y sin carácter que la aburrían mortalmente dentro y fuera del dormitorio), Mitch desprendía una cruda sexualidad que gritaba sexo, pecado y... peligro. Sara se estremeció. Casi violentamente. Se sorprendió de lo que la excitaba su tensión carnal.

Volvió a recorrer el cuerpo de Mitch con la mirada, recreándose en su recia mandíbula, sus perfectos dientes blancos, su alto cuerpo atlético y su actitud de chico malo. La conciencia sexual recorrió el cuerpo de Sara y le calentó la sangre. Su mirada viajó hacia delante y hacia arriba hasta que se encontró con un par de ojos azules que brillaron de oscuro deseo al toparse con los suyos. Mitch le dedicó una mirada que sugería todo tipo de insinuaciones, todo tipo de perversas posibilidades.

Sara inspiró; sentía el eco de los latidos de su corazón

en el cuello. Se limpió las manos en sus ajustados tejanos y la tela absorbió la humedad.

Cuando Mitch se dio cuenta de que ella le estaba observando, se puso tenso, se le dilataron las fosas nasales y la rigidez que se dibujaba en su rostro enmarcó su sensual boca. En aquel breve instante en el que sus miradas se cruzaron, compartieron un acalorado intercambio que podría haber hecho arder todo el local.

Sara pensó que ella no podía ser la única mujer que se sintiera atraída por la poderosa sexualidad de Mitch. Miró a su alrededor y se dio cuenta del modo en que las demás mujeres le miraban; el lenguaje corporal de aquellas chicas indicaba que estaban más que predispuestas a visitar su estación y a recibir precisas y personalizadas instrucciones de cómo manejar la manguera.

Justo en aquel momento se acercó a la mesa Cassie Williams, la preciosa futura novia y la mujer responsable del inesperado viaje a Chicago de Sara. Ésta agradeció la distracción y cambió su silla de posición para sentarse delante de ella.

Sara y Cassie eran grandes amigas desde la guardería, razón por la cual ella y sus otras amigas, Jenna Powers y Megan Wagner, lo habían dejado todo y se habían subido al primer avión con destino a Chicago. Ningún motivo inferior a una catástrofe de categoría cinco las podría privar de asistir a la boda de Cassie con Nick Cameron, un bombero muy sexy.

Sara se centró en Cassie, aunque su cuerpo aún estaba bajo los efectos de la lujuriosa mirada de Mitch.

—Es bastante guapo, ¿verdad? —preguntó Cassie con una mirada de complicidad mientras señalaba a Mitch.

—¿Qué? ¿Quién? —dijo Sara fingiendo inocencia.

Cassie se sentó, se acercó a ella y le dio un cariñoso golpecito en la nariz.

—Ten cuidado con él, Sara. No es como los chicos bue-

nos que has conocido hasta ahora. —Se quedó callada un momento mientras Sara consideraba su advertencia. Luego bajó la voz y añadió—: Mitch Adams es... peligroso.

—¿Peligroso? —preguntó Sara al mismo tiempo que se le aceleraba el pulso y su temperatura interior aumentaba.

—Sí, peligroso. Un chico así te puede robar el corazón sin apenas intentarlo. Y como eres una chica que busca compromiso y no quiere que le rompan el corazón, te sugiero que, si empiezas algo con él, lo hagas con los ojos bien abiertos.

Ojos bien abiertos. Piernas bien abiertas. Cuantas posibilidades...

—Conozco lo suficiente a Mitch para saber que es un *playboy* al que no le van las ataduras; es la fantasía de cualquier mujer.

*Playboy*. Fantasía. Sin ataduras. Sara no acababa de verle el inconveniente.

Cassie agachó un poco la cabeza.

—Cuando conozcas al chico adecuado lo sabrás.

Sara encogió un hombro.

—Tal vez no esté buscando al chico adecuado. —Sí que le encantaría dar con el Sr. Perfecto y sentar la cabeza, pero no esperaba encontrar a su «caballero de la brillante armadura» en un rebelde como Mitch; lo que esperaba encontrar en él era a un chico malo que al mismo tiempo fuese muy, muy bueno.

—Es un gran chico con el que pasarlo bien, pero no esperes nada más —dijo Cassie—. No quiero que te hagan daño.

Sara trató de acallar su deseo y luchó para que no le temblase la voz. Intentando parecer despreocupada, se puso a jugar con su pajita y dijo:

—¿Cómo va a hacerme daño? Sólo estaré aquí dos semanas de vacaciones. —Deslizó el dedo por el perímetro

del vaso y continuó—: Vacaciones del trabajo y de la realidad. —De repente se dio cuenta de que precisamente lo que necesitaba era romper con la realidad y tener una aventura muy caliente con un «peligroso» bombero condenadamente guapo. ¿Cómo era aquel viejo dicho sobre las vacaciones? Lo que pasó en Las Vegas se quedó en Las Vegas. Seguro que eso también se podía aplicar a Chicago. ¿Por qué no podía tener una aventura salvaje y sin ataduras y poner en práctica algunas de sus propias fantasías sobre bomberos? Así por lo menos tendría algo cálido que recordar cuando regresase a Iowa y a su rutinario e insignificante trabajo como reportera en una revista de poca monta de Trenton.

El mero pensamiento de volver a aquella oficina para escribir otro artículo sobre vacas la hizo estremecer. Su trabajo ideal era escribir artículos picantes para *Entice*, una joven revista de moda para mujeres modernas y sexualmente activas de Chicago. Su objetivo era escribir una gran historia muy sexy para impresionar a los editores de *Entice*. Desgraciadamente, las historias picantes escaseaban en su pequeña ciudad.

Sara escuchó la voz de Cassie de nuevo y volvió a la realidad.

—Para él las mujeres sólo son bancos de esperma.

Frunció los labios.

—¿Bancos de esperma, eh? —Hacía demasiado tiempo que Sara no recibía ningún depósito.

Miró por encima del hombro de Cassie y vio que Mitch observaba su conversación con interés; parecía que supiese exactamente de lo que estaban hablando. Se pasó las manos por la barbilla y Sara clavó la mirada en la yema de sus dedos.

Su corazón empezó a latir con fuerza cuando imaginó lo que sería sentir aquellos dedos acariciando su cuerpo y tocando sus zonas más íntimas. Imaginó la boca de Mitch

devorando la suya, aquellas manos en sus pechos, su gruesa polla entrando con fuerza en su coño, follándola como nadie la había follado antes.

Justo entonces sus miradas se encontraron y, en ese preciso instante, Sara supo que no podía hacer nada mejor que aceptar algunos depósitos de aquel tipo duro.

Alguien llamó a Mitch desde la otra punta del local. Él se dio la vuelta y se fue en dirección a aquella voz, desapareciendo del campo de visión de Sara.

Inspiró con fuerza y volvió a centrar toda su atención en las chicas para ponerse al día de la conversación que, por lo que parecía, estaba empezando a subir de temperatura.

Megan, que jamás se había caracterizado por ser una persona sutil, fue directamente al grano:

—Dime, Cassie, ¿Nick es bueno en la cama?

Cassie sonreía reservada, pero el fuego de sus ojos hablaba por sí solo.

—Ya sabes que no soy de las que cuando se besan con un chico luego lo van explicando por ahí.

—No te estoy preguntando si sabe besar, te estoy preguntando si sabe fo...

—Por favor, Megan —la interrumpió Jenna—, ¿qué clase de pregunta es ésta?

Megan se encogió de hombros.

—Sólo estoy preguntando, nada más.

—Lo que deberías estar preguntando es si sabe cómo funciona una vagina. Porque el último tío con el que me enrollé era incapaz de encontrar mi punto G sin una brújula y un mapa.

El coro de carcajadas que procedía de la mesa llamó la atención de todos los que estaban cerca de las cuatro amigas.

Sara, riéndose aún, apoyó el codo sobre la mesa y bajó el tono de voz.

—¿Crees que lo tuyo es malo? —susurró apoyando la

barbilla en la mano—. Mi última cita pensaba que el punto G era el billete de cinco dólares que cada mañana le daba a la camarera a cambio del café y el periódico.

—Vale, ya que estamos en un concurso de mi-novio- cree-que-una-vulva-es-lo-que-conduce-cada-mañana-para-llegar-al-trabajo, voy a participar —añadió Megan apoyando las palmas de las manos sobre la mesa con una irónica sonrisa en los labios—. Mi ex marido creía que una *fellatio* era algo que se puede pedir de postre en una pizzería. —Se golpeó la frente con la mano—. ¡Y yo me casé con él! ¿En qué narices estaría pensando? —Después de la confesión de Megan hubo una ronda de exclamaciones.

—Vale, tú ganas —dijo Sara antes de volver a centrar la atención en su bebida. Tal vez el alcohol ayudaría a aliviar aquella dolorosa verdad: todos los hombres que había en su ciudad eran tan aburridos en la cama como fuera de ella.

Cassie se inclinó hacia delante. Se deslizó algo debajo de la mano y lo puso encima de la mesa.

—En realidad, hay una manera de que podáis ganar todas. Pero esta vez ganar significa que no necesitaréis mapas, no tendréis que dar detalladas explicaciones y no habrá pizzerías.

Antes de continuar Cassie miró a su alrededor. El tono de su voz bajó una octava, parecía que las cuatro mujeres reunidas en torno a la mesa estuviesen organizando algún plan secreto para dominar el mundo.

—Esto es sólo una estupenda y antigua diversión en la que todos los implicados saben lo que es el punto G y cómo funciona.

Las demás se inclinaron sobre la mesa como había hecho Cassie.

Megan, igual que Cassie, también bajó el tono de voz.

—¿De qué estás hablando?

Cassie retiró la mano de la mesa y dejó ver una peque-

ña tarjeta de visita de color blanco. El silencio se adueñó del grupo, que rápidamente centró los ojos en aquel pequeño pedazo de cartón.

Un momento después Jenna rompió el silencio.

—¿La Línea Caliente?

Sara, que creía entender bastante bien lo que Cassie estaba sugiriendo, cogió la tarjeta para mirarla de cerca. Simplemente se leía: «La Línea Caliente», y había un número de teléfono: 555-FUEGO.

Sara lanzó a Cassie una incisiva mirada; por su mente desfilaron todo tipo de imágenes indecentes. Arqueó una ceja; la periodista que había en ella necesitaba aclaraciones; la mujer ardía de excitación.

—¿Qué diablos es la Línea Caliente, Cassie? —preguntó examinando la tarjeta.

—Es una manera de que os lo paséis bien con hombres que saben cómo manejar el cuerpo de una mujer.

—¿Ah, sí? —respondió Megan rápidamente con los ojos brillando de excitación—. Ilústrame, nena.

Cassie dio un golpecito sobre la tarjeta que Sara seguía agarrando como si su vida dependiese de ella. Vale, tal vez su vida no dependía de ella, pero estaba clarísimo que su libido sí.

Cassie fue directa al grano.

—Si llamas a la Línea Caliente y dices que necesitas ayuda, aparecerá en tu puerta un bombero sexy y perfectamente equipado dispuesto a apagar todos tus fuegos...

—¿En serio? ¡Dame esa tarjeta! —Megan esbozó una gran sonrisa. La malicia se adueñó de su mirada mientras cogía rápidamente la tarjeta que seguía entre las manos de Sara.

Ésta apretó la entrepierna ante la expectativa y recuperó la tarjeta; su faceta detectivesca pedía pruebas.

—¿Esto es real?

Cassie le cogió las manos y las apretó.

—Absolutamente. ¿Cómo crees que conocí a Nick?  
—Sus ojos reflejaban honestidad, y no había nada en su tono de voz que sugiriese lo contrario—. También es un secreto muy bien guardado. —Se quedó callada un momento y luego añadió—: Confío en que sabréis qué hacer con la información.

De repente, el cuerpo de Sara se puso en alerta máxima. Sabía que Mitch estaba de pie justo detrás de ella, le había sentido mucho antes de verle. El calor que desprendía la envolvió; su olor la abrazaba como una cálida manta. Inspiró y se llenó los pulmones de su picante aroma; su cuerpo reaccionaba siempre que él estaba cerca. El deseo la recorría y no podía parar de pensar en todas las maneras en que Mitch podía ayudarla a avivar ese fuego.

Él se inclinó por encima de su hombro y cogió un puñado de frutos secos. Ella, temblando, inspiró profundamente; la humedad aumentaba entre sus piernas. Tapó la tarjeta con la mano y se dio la vuelta. Al verlo tan cerca su libido reaccionó con urgentes demandas: exigía toda la atención de Mitch. Su sonrisa de chico malo provocó reacciones deliciosas en el interior de Sara, que se ruborizó de inmediato. Aquel hombre la llevaba tan hasta el límite, la hacía sentir tan fuera de control, tan jodidamente caliente...

Mitch, adoptando un tono de voz muy suave, se dirigió sólo a ella.

—Me tengo que ir. Estaré en la estación —su tono de voz era grave, profundamente íntimo. Su sensual voz de tenor la envolvió y se le endurecieron los pezones. A medida que la tensión sexual aumentaba entre ellos, una necesidad básica y elemental se hizo con el control. A Sara se le hacía la boca agua y notó que su coño se moría por deslizarse por el mástil de Mitch y cabalgarlo con salvaje abandono.

Una ronda de «Noches G» siguió a Mitch mientras rodeaba la mesa para marcharse.

Antes de irse, Mitch dedicó una sugestiva mirada a Sara, le tocó el hombro y acarició su mejilla con los nudillos tan suavemente que estimuló todas sus terminaciones nerviosas. Había algo que la obligaba a devolverle la caricia. Cuando ella puso la mano encima de la de él, la pasión se apoderó de los ojos de Mitch. Su profunda y seductora mirada decía que no sólo se la podía follar y follársela bien, sino que también podía hacer que todas sus fantasías se hiciesen realidad. Luego miró la otra mano de Sara; la que estaba tapando la tarjeta.

«¿Sabía él lo que estaba escondiendo?»

Mitch hizo una pequeña pausa; parecía considerar detenidamente sus palabras. Entonces, con una expresión tierna y cálida al mismo tiempo, adoptó un tono de voz sexy y profundo y le susurró al oído:

—Luego. —Y desapareció entre la gente.

¡Madre mía! Aquella palabra, combinada con todos los elementos de su voz y su comportamiento, lo decía todo; se quedó loca por descubrir la verdad sobre la Línea Caliente.

¿Realmente aquellos bomberos arriesgaban sus vidas a diario para apagar peligrosos fuegos y bajar pequeños gajos de los árboles, al mismo tiempo que rescataban a mujeres libidinosas? Se tomó un momento para considerar la idea. Si marcarse aquel número, ¿aparecería el sexy y estupendamente equipado Mitch Adams en su puerta y la ayudaría a sofocar las llamas de deseo que la consumían?

Tragó. Con fuerza.

Su mente iba a mil por hora y la reportera que había en ella se empezaba a animar. Con despreocupada serenidad cogió la tarjeta y se la metió en el bolsillo. En aquel momento se dio cuenta de que, si la Línea Caliente existía de verdad, se le acababa de presentar la oportunidad perfecta de escribir una historia picante. Y si además le daba su toque personal provocativo, podría ser justo el artículo

que necesitaba para emprender su carrera en la revista *Entice*.

Levantó la vista justo a tiempo para ver cómo Mitch salía por la puerta. La estupenda imagen de su firme trasero la estremeció de deseo. Inspiró intentando tranquilizarse y trató de sofocar la creciente lujuria de su interior.

Mientras sus dedos jugueteaban con las esquinas de la tarjeta, su mente se llenaba de salvajes y traviesas ideas. Naturalmente, como cualquier buena periodista, tendría que hacer un poco de investigación por su cuenta antes de escribir el artículo. Y ya, de paso, planeaba explorar algunas de sus fantasías con bomberos durante el proceso.

—No voy. —Mitch, malhumorado, tiró las cartas sobre la mesa y se presionó los ojos con las palmas de las manos. Dios, nunca se había sentido ni tan inquieto ni tan nervioso. Allí estaba, horas después de la última vez que había puesto los ojos sobre Sara Jack, y aún no se había podido librar de aquella maldita excitación.

Su mente divagó; se imaginó lo que sería perderse en aquellos preciosos ojos color café que tenía Sara. Lo que sentiría al deslizar sus dedos entre sus sedosos rizos caoba y al acariciar su torneado cuerpo hasta que ella se entregase a él por completo; hasta que fuese suya para poder hacer con ella lo que quisiese.

Había algo en ella... Un dulce aire de chica buena que se le metía bajo la piel y le calentaba la sangre más deprisa que un buen trago de whisky. Estaba realmente sorprendido. Sara tenía cara de chica buena y un cuerpo lleno de curvas; era la antítesis de las estilosas y refinadas mujeres urbanitas con las que acostumbraba salir.

Pero Sara era capaz de incendiar su libido con una sola ardiente mirada. Si aquel fuego se descontrolaba, podía alcanzar proporciones peligrosas.

Naturalmente, no tenía ninguna intención de dejar ese fuego desatendido. Como bombero, tenía el deber de apagar hasta la última llama, incluso aunque tuviese que hacerlo con sus propias manos. Al pensar en ello, apretó los puños con fuerza y su respiración se aceleró.

A pesar de que le habían advertido que se mantuviese alejado de Sara, aquella mujer había invadido sus sueños y cuando estaba despierto aparecía en todos sus pensamientos. Dios, jamás había conocido a una mujer tan sexy. Y por si fuera poco, cuando ella le miraba con aquel oscuro y apasionado deseo ardiente en los ojos, se le hincha- ba tanto la polla que le dolía.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes aguantar la presión? —Dean Beckman, con aire burlón, dejó las cartas encima de la mesa revelando tres sotas—. ¿O tiene que ver otra vez con Shelly? —Hizo un gesto con la cabeza hacia el teléfono privado que tenían en sus dormitorios.

—Llamó hace un rato. —Brady Wade intervino antes de dejar también las cartas sobre la mesa. Luego se agachó para dar unas palmaditas a *Jag*, su labrador retriever color chocolate. Dado que Brady tenía debilidad por los labradores, la Estación 419 era la única de la zona que no contaba con el clásico dálmata.

Mitch maldijo entre dientes y se balanceó sobre la silla sujetándose sólo sobre las patas traseras. Shelly, su ex novia desde hacía un año, siempre le llamaba cuando rompía con alguien. Aquella mujer cambiaba de hombre tan rápido como de zapatos.

—Parecía enfadada, como si hubiese estado llorando. Supongo que está buscando un hombre fuerte que la consuele —dijo Dean.

—Es una manera de verlo —contestó Mitch. Todos sabían que no era precisamente el hombro de Mitch sobre el que se quería apoyar, pero él no tenía ninguna intención de ser su juguete de transición.

Hubo un tiempo en que pensó que la quería y en que creía que ella se preocupaba por él. Pero pronto se dio cuenta de que, como todas las mujeres con las que había estado, lo único que quería era de él era vivir una fantasía. Era su peligroso y heroico trabajo lo que atraía a las mujeres, no el hombre que había tras el uniforme; un hombre que trabajaba muchas horas y que estaba fuera de casa con demasiada frecuencia. Desde su última ruptura, había aprendido a encerrarse emocionalmente; se entregaba físicamente, pero se mostraba frío y distante.

Cuando pensó en entregarse físicamente, su mente le llevó con rapidez hasta Sara. Ella también quería hacer realidad con él sus fantasías; Mitch lo sabía. Una noche de lujuria salvaje mientras estaba de vacaciones. Lo había visto en sus ojos, lo había leído en todos sus movimientos.

Y a pesar de que era muy capaz de satisfacer la salvaje fantasía de Sara, como Nick Cameron le había pedido que se mantuviese alejado de Sara, porque él era un reputado chico de una sola noche y ella era una chica de una pequeña ciudad que no solía buscar aventuras fugaces, Mitch trató de no contrariarlo. Según Cassie, la prometida de Nick, Sara no se tomaba el sexo a la ligera, y lo último que quería Nick era que alguien lastimase a una de las mejores amigas de su novia justo cuando habían ido a Chicago para asistir a la boda.

Nick y Mitch no eran sólo compañeros de trabajo, también eran amigos. Nick le había salvado el culo una o dos veces estando de servicio y Mitch le tenía en muy alta consideración, por lo que no quería causarle problemas.

Eso significaba que aquella noche y todas las noches a partir de entonces, y hasta que Sara volviese a Iowa y pudiese hacerla desaparecer de su mente, tendría que resolver el asunto con sus propias manos.

Literalmente.

Por lo menos podía estirarse en la cama y fantasear con

ella, ¿no? Podía imaginar lo que sería saborear su boca y sus pechos, o abrir sus suaves y rosados labios con la lengua y degustar su feminidad. Intentar adivinar lo que sentiría si ella se subiese encima de él, se metiese su dura polla dentro y lo montase febrilmente hasta que sus fluidos internos se vertiesen sobre su verga.

Mitch apretó los dientes e, incómodo, cambió de postura en la silla. Decidió que ya era hora de irse a dormir y de atender el dolor de su ingle.

El estridente sonido del teléfono especial le alejó de sus meditaciones y le ayudó a poner en orden sus pensamientos.

—Yo lo cojo. —Recibió la distracción con agrado. Se puso en pie y se alejó de la mesa en la que estaban jugando a cartas. Tranquilamente empezó a cruzar la habitación.

Joder. Tal vez esa noche debería coger la llamada. Hacía mucho tiempo que no participaba en la Línea Caliente, pero quizás una cama suave y una mujer aún más suave le ayudarían a aliviar la tensión y a olvidarse de Sara.

Cuando vio el número que aparecía en el teléfono, se le aceleró el corazón y su presión sanguínea aumentó. ¡Madre mía! Todo su cuerpo reaccionó al ver el nombre que se leía en la pequeña pantalla del aparato. Su tensión se amotinó cuando su polla empezó a pedirle a gritos que contestase al teléfono y todo su cuerpo se unía en creciente demanda sexual.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

A pesar de que su durísima polla le chillaba que contestase al teléfono y le diese a Sara exactamente lo que quería, dio un moderado paso atrás, pero no se alejó lo suficiente del aparato como para no poder cogerlo. Deseaba cogerlo. Pero no quería cogerlo. Vale, sí que quería cogerlo, pero no iba a hacerlo.

No iba a contestar la llamada.

En absoluto.

De ninguna manera.

«Vete, Mitch. Vete.»

Antes de que pudiera detenerse a sí mismo sus dedos se cerraron sobre el auricular y lo apretaron hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

Justo en ese momento Dean asomó la cabeza por la esquina. Sonriendo como el loco e intuitivo hijo de puta que era, preguntó:

—¿Quieres que lo coja yo?

—Yo lo cojo. —Mitch gruñó y arrancó el teléfono de la base. Lo presionó sobre su oído y dijo bruscamente—: Hola.

Al otro extremo escuchó la suave y sexy voz de Sara.

—¿Mitch?

—¿Sí?

Sara, pasando por alto las cortesías, fue directa al grano.

—Mi conejito está muy enfermo. Creo que necesita que lo reanimen.

¡Madre de Dios! Mitch se golpeó la frente con la mano y suspiró mientras se esforzaba por aliviar su creciente libido. Fracasó.

La lujuria recorrió su cuerpo como un furioso fuego en un bosque; empezó a temblar de necesidad reprimida. Emitió un rugido interior. Se sentía incapaz de controlar al animal primitivo que trataba de abrirse paso hacia el exterior y que amenazaba con destruir su determinación de mantener las distancias. A pesar de ello, tenía toda la intención de reanimar al conejito de Sara una y otra vez utilizando todos los medios a su alcance.

Si ella esperaba menos, había llamado al chico equivocado la noche equivocada.